

miento tan grande! Iré con este peso á todas partes, y no podré ni respirar.»

Después de comer estaba él animadísimo, cual no lo había estado en mucho tiempo; pero sus conceptos eran de lo más estafalarío que imaginarse puede. Como entraran doña Silvia y Rufinita, de visita, doña Lupe se fué con ellas á la sala, y los esposos se quedaron solos. Maxi se levantó y estiró todo el cuerpo, elevando los brazos. Los huesos crujieron; hizo diferentes contorsiones, que parecían un trabajo de gimnasia, y luego volvió á sentarse, abrazando á su mujer y quedándose ante ella (pues estaba sentado en una banqueta junto al sofá), en actitud semejante á la que toman los amantes de teatro cuando van á decirse algo muy bonito en décimas ó quintillas.

IV

—Vida mía—le dijo en el tono más dulce del mundo,—gracias mil por el consuelo que me has dado con tus palabras.

Fortunata no sabía qué palabras eran aquellas que le habían consolado; pero lo mismo daba. Hizo un signo afirmativo, y adelante.

—Porque estando tú conforme conmigo, no deseo más. Mis aspiraciones están cumplidas.

¡Viva el gran principio de la liberación por el desprendimiento, por la anulación!...

—¡Vivaaa!...

—Así lo dirán las multitudes cuando esta doctrina se propague; pero esto no nos toca á nosotros, sino al que vendrá después. Cumplamos tú y yo la ley de morir cuando nos creamos llegados al punto de caramelo de la pureza. Matemos á la bestia cuando de ella esté completamente desligada su prisionera, la substancia espiritual, como del erizo se desprende la castaña bien madura.

—Nada, hijo, que la mataremos.

—Me gusta verte así. ¿Hay nada más hermoso que la muerte? ¡Morir, acabar de penar, desprenderse de todas estas miserias, de tantos dolores y de toda la inmundicia terrenal! ¿Hay nada que pueda compararse á este bien supremo?... ¿Concibe el alma nada más sublime?

—¿Y después?—dijo Fortunata, que aun sabiendo con quién hablaba, oía con mucho gusto aquella manera de considerar la muerte.

—¡Oh!, después, sentirse uno absolutamente puro, perteneciente á la substancia divina; reconocerse uno parte de ella, y todito con aquel gran todo... ¡Qué dicha tan grande!

—¡No padecer!...—murmuró la prójima inclinando su cabeza sobre el pecho de él.—¡No temer si le hacen á uno ésta ó la otra perrería!...

¡No verse en agonías nunca, y gozar, gozar, gozar!...

Su mente se dejó ir en alas de aquella sublime idea, perdiéndose en los espacios invisibles y sin confines.

—¡Sentir luego la irradiación del bien en sí, y contemplarse uno en aquel todo etéreo y substancial, infinitamente perfecto y sano, hermoso, transparente y placentero!...

Esto era ya un poco metafísico, y Fortunata no lo comprendía bien. Lo accesible para ella era la idea primera: morir, desprenderse de las lacerias de este mundo, y sentirse luego persona idéntica á la persona viva, gozando todo lo que hay que gozar y amando y siendo amada con arrobamientos que no se acaban nunca.

—Querida mía—le dijo Maxi moviendo mucho la cabeza y los músculos de la cara, señal de una fuerte excitación nerviosa,—los dos moriremos después que hayamos cumplido nuestra misión. Y para que te penetres bien de la tuya, te voy á decir lo que he sabido por revelación celestial.

Fortunata se preparó á oír el gran disparate que su marido anunciaba, y puso una carita muy gravemente atenta.

—Pues yo sé una cosa que tú no sabes, aunque quizás lo presentes, y que seguramente sabrás muy pronto. Quizás hayas empezado á notar algún síntoma; pero aún tu espíritu no

tendrá más que presentimientos de este gran suceso.

La miraba de tal modo, que ella empezó á asustarse. ¿Qué sería, Dios, qué sería? Maxi estuvo un rato en silencio, clavados en ella sus ojos como saetas, y por fin le dijo estas palabras, que la hicieron estremecer: «Tú estás en cinta.»

Quedóse un rato la infeliz mujer como petrificada. Trataba de tomarlo á broma; trataba de negarlo; pero para ninguna de estas determinaciones tenía valor. Terror inmenso llenaba su alma al ver que Maxi decía lo que decía con expresión de la más grande seguridad. Pero lo último que á Fortunata le quedaba que oír fué esto, dicho con exaltación de iluminado y con atroz recrudescimiento de las sacudidas nerviosas de la cabeza: «Ha sido una revelación. El espíritu que me instruye me ha traído anoche esta idea... Misterio bonitísimo, ¿verdad? Tú estás embarazada... Y tú lo presumes; mejor dicho, lo sabes, te lo estoy conociendo en la cara; lo ocultas porque ignoras que esto no ha de arrojar ninguna deshonra sobre ti. El hijo que llevas en tus entrañas es el hijo del Pensamiento Puro, que ha querido encarnarse para traer al mundo su salvación. Fuiste escogida para este prodigio, porque has padecido mucho, porque has amado mucho, porque has pecado mucho. Padeecer, amar y pecar... ve ahí los tres infinitivos del verbo de la existencia. Nacerá de ti el verdade-

ro Mesías. Nosotros somos nada más que precursores, ¿te vas enterando? Nada más que precursores, y cuando des á luz, tú y yo habremos cumplido nuestra misión, y nos liberaremos matando nuestras bestias.»

Del salto se puso Fortunata al otro extremo de la habitación. Habiale entrado tal pánico, que por poco sale al pasillo pidiendo socorro. Maxi tenía la cara descompuesta y transfigurada, y sus ojos parecían carbones encendidos. Ni siquiera reparó que su mujer se había alejado de él, y continuó hablando como si aún la tuviera al lado. La infeliz, turbada y muerta de miedo, se acurrucó en el rincón opuesto, y cruzadas las manos miraba al desgraciado demente, diciendo para sí: «¿En qué lo habrá conocido?... Dios, ¡qué hombre! ¿Será farsa todo esto de la locura? ¿Será que se finge así para poder matarme sin que la justicia le persiga?... ¡Pero cómo habrá descubierto!... ¡Si no lo he dicho á nadie! ¡Si no se me conoce nada todavía!... ¡Ah!, lo que este hombre tiene es mucha picardía. Eso de la revelación lo dice para engañar á la gente... Sin duda se lo figura, se lo teme, ó me lo ha conocido no sé en qué... ¿Lo habré dicho yo en sueños?... Aunque no; podrá haberlo adivinado por su propia locura. ¿No dicen que las grandes verdades las saben los niños y los locos?... ¡Ay, qué miedo me ha entrado! ¡Dios mío, líbrame de esta tribulación! Este hombre me

quiere matar, y hace todas estas comedias para vengarse de mí y asesinarme á lo bóbilis bóbilis...»

El iluminado fué hacia su mujer, cogiéndola por un brazo. Tal temor sentía ella, que hasta se encontró con fuerzas inferiores á las de su marido, que era tan débil. «Moñuca mía—le dijo, apretándole el brazo con nerviosa energía y mirándola con una expresión en que la desdichada veía confundidos al amante y al asesino.—Nos liberaremos, por medio de una sangría suelta, desde que hayas cumplido tu misión. ¿Cuándo será? Allá por Febrero ó Marzo.»

«Debe ser por Marzo—pensó Fortunata;—pero para ti estaba... Ya me pondré yo en salvo. Mátate tú si quieres, que yo tengo que vivir para criarlo; ¡y voy á ser tan feliz con él!... Va á ser el consuelo de mi vida. Para eso lo tengo, y para eso me lo ha dado Dios... ¿Ves cómo me sali con mi idea?... Mi hijo es una nueva vida para mí. Y entonces no habrá quien me tosa... ¡Oh!, si no lo sintiera aquí dentro, yo y tú seríamos iguales, tan loco el uno como el otro, y entonces sí que debíamos matarnos.»

Oíase el run run de las despedidas de doña Silvia y Rufinita en el pasillo. A poco entró la de Jáuregui, y viéndola su sobrino, se volvió al sofá, dejando á su mujer en pie en medio del cuarto.

—¿Qué tal?—dijo doña Lupe.—¿Hay sueño? Son las once.

—Ha venido usted á turbar nuestra felicidad —replicó Maxi, sentado y moviendo las piernas en el aire.—Mi elegida y yo deseamos estar solos, enteramente solos. Los misterios inefables que á ella y á mí...

—¿Pero qué volteretas son esas que das? (no sabiendo si reir ó ponerse seria). Pareces un saltimbanquis.

—Que á ella y á mí se nos han revelado... los misterios inefables, digo... nos llevan á un éxtasis delicioso, de que no pueden participar las personas vulgares.

—¡Llamarme á mí persona vulgar!...

—La vulgaridad consiste en estar muy apegada á los bienes terrenos... es decir, en hacerle mimos á la bestia.

—¿Pero qué? ¿también vas á dar vueltas de carnero?—dijo asustada doña Lupe, viéndole apoyar las manos en el sofá y doblar luego la cabeza hasta tocar con ella la gutapercha.

—Lo que yo dé, á usted no le importa, mujer de poca fe... La noche está fría y necesito que las extremidades entren en calor. Dentro del cráneo me han encendido un hornillo.

—¿Ve usted... ve usted?...—indicó Fortunata, no recatándose de decirlo en alta voz.—El efecto de esas condenadas pildoras. Creo que no deben dárselo más. Ya ve usted cómo se pone:

se le trastorna más el cerebro y adivina los secretos.

—¿Cómo que adivina los secretos?... Pero niño, ¿qué haces?

Rubín se sentaba y se levantaba, dando botes en el asiento como un jinete que monta á la inglesa.

—Allá por Marzo será el gran suceso, la admiración del mundo—gruñía el infeliz dando vueltas sobre sí mismo.—Lo anunciará una estrella que ha de aparecer por Occidente, y los cielos y la tierra resonarán con himnos de alegría.

—¿Pero qué estás diciendo? Vamos, hijo de mi alma, estate tranquilo.

—Lo que yo quisiera saber ahora es dónde está mi sombrero—dijo él mirando debajo de la mesa y del sofá.

—¿Y para qué quieres el sombrero?

—Quiero salir, tengo que ir á la calle. Pero lo mismo da salir con la cabeza descubierta. Hace un calor horrible.

—Sí, vámonos al Retiro. Fortunata, coge la vela, y tú por delante.

Y agarrándose al brazo del joven sin ventura, le llevaron á la alcoba. Del salto se plantó Maxi en la cama, quedándose un instante con los brazos y las piernas en alto. Después dejaba caer pesadamente las extremidades para volver á levantarlas.

—¡Bonita noche nos va á hacer pasar!—exclamó doña Lupe cruzando las manos.

Fortunata, desalentada y meditabunda, se dejó caer en el sofá.

—¿A que no me aciertan ustedes en dónde estoy?—dijo el pobre demente.—Me he caído del cielo sobre un tejado. ¿Qué hace mi mujer ahí que no viene en mi socorro?

—Pues sí, señor, ¡bonita noche!—repetía doña Lupe echando un suspiro por cada palabra.

Intentaron acostarle. Pero no fué posible. Se les escapaba de la manos con viveza de niño, que á veces parecía agilidad de mono. Su risa causaba espanto á las dos señoras, y últimamente no se le entendía una palabra de las muchas que de su boca soltaba atropelladamente, pronunciándolas de un modo primitivo, como los chiquillos que empiezan á hablar. Por fin el desgaste nervioso hubo de rendirle, y se quedó quieto en el sofá, con una pierna sobre la mesa, la otra en una silla, la cabeza debajo de un cojín y los brazos extendidos en cruz. Una mano daba contra el suelo, y tenía la otra metida debajo del cuerpo, dando al brazo una vuelta que parecía inverosímil. No quisieron ellas variarle la difícil postura, temiendo que si le tocaban se alborotaría de nuevo y les daría otra jaqueca. Doña Lupe dormitaba, sentada en una silla junto á la cama del matrimonio; pero Fortunata no pegó los ojos en toda la noche. Ya amanecía cuando le

acostaron. Apenas daba acuerdo de sí, y gemía al moverse como si tuviera molido á palos su ruin y desdichado cuerpo.

V

Creo que fué el día de la Concepción cuando Rubin salió de su cuarto con un cuchillo en la mano detrás de Papitos, diciendo que la había de matar. El susto de la tía y de Fortunata fué muy grande, y les costó trabajo quitarle el arma homicida, que era un cuchillo de la mesa, con el cual no era fácil quitar la vida á nadie. Pero el paso fué terrible, y los chillidos de Papitos se oyeron en toda la vecindad. Salió despavorida del cuarto del señorito, y él detrás, frío y resuelto, como si fuera á hacer la cosa más natural del mundo. La mona se refugió entre las faldas de su ama, gritando: «¡que me mata, que me quiere matar!»; y Fortunata corrió á sujetarle, lo que no hubiera conseguido á pesar de su superioridad muscular sin la ayuda de doña Lupe. La resistencia de él era puramente espasmódica, y mientras se defendía de los cuatro brazos que querían contenerle y arrancarle el cuchillo, decía con voz ronca: «¡Le siego el pescuezo y la...!» Después se supo que Papitos tenía la culpa, porque le había irritado contradiciéndole estúpidamente. Doña Lupe lo sospechó así, y mientras

Fortunata se le llevaba otra vez á su cuarto, procurando calmarle, la señora cogió á la chiquilla por su cuenta, y con la persuasión de tres ó cuatro pellizcos, hizole confesar que ella era culpable de lo ocurrido. «Mire, señora—replícaba ella bebiéndose las lágrimas:—él fué quien empezó, porque yo no chisté. Estaba recogiendo el servicio, y él saltó contra mí, diciéndome que para arriba y que para abajo... Yo no lo entendía y me eché á reir... Pero *dimpues* salió con unos disparates muy gordos. ¿Sabe, señora, lo que dijo? Que la señorita Fortunata iba á tener un niño, y qué sé yo qué más. No pude *por menos* de soltar la carcajada, y entonces fué cuando *garró* el cuchillo y salió tras de mí. Si no doy un *blinco* me divide.»

—Bueno; vete á la cocina, y aprende para otra vez. A todo lo que él diga, por disparatado que sea, dices tú *amen* y siempre *amén*.

Aquel hecho era quizás sintoma de un nuevo aspecto de locura, y las dos señoras no cabían ya en su pellejo de temor y zozobra. No pasaron ocho días sin que el caso se repitiera. Maxi pudo apoderarse de un cuchillo, y fué hacia su tía, diciendo que la quería *liberar*. Gracias á que estaba allí el Sr. Torquemada, no fué difícil desarmarle; pero el susto no había quien se lo quitara á doña Lupe, que tuvo que tomarse una taza de tila. Por cierto que la señora se conceptuaba infeliz entre todas las señoras y da-

mas de la tierra, por las muchas pesadumbres que sobre su alma tenía. No era sólo el estado lastimosísimo del más querido de sus sobrinos; otras cosas la mortificaban atrozmente, abatiendo su grande espíritu. Entre Fortunata y ella mediaron ciertas palabras, que imposibilitaban absolutamente toda concordia.

—¡Vaya—le dijo doña Lupe una noche,—que te estás luciendo! ¿A qué esas reservas cuando más indicada estaba la confianza? ¿Cómo es que lo ha sabido Maximiliano, que está demente, antes que yo, que estoy en mi sano juicio? ¿A qué esos escondites conmigo?»

Después de una larga pausa, Fortunata, con muchísimo trabajo, se determinó á responder esto: «Yo no se lo he dicho. Él lo adivinó. Esto no podía yo decirlo á nadie de esta casa, y á él menos...»

—¡Y á él menos!—repitió doña Lupe, clavando en la delincuente sus miradas como flechas.

—Sí, porque él no debía saberlo nunca—prosiguió la otra haciendo el último esfuerzo.—A usted pensaba yo decírselo, pero no me determiné por la vergüenza que me daba. Ahora que lo sabe, lo que tengo que hacer es pedirle que tenga compasión de mí, recoger mi ropa y marcharme de esta casa... Ahora sí que será para siempre.

La viuda de Jáuregui se tomó tiempo para dar contestación á estas gravísimas palabras.

Un sin fin de ideas se le metió en la cabeza, y estuvo aturdida largo rato, sin saber con cuál de ellas quedarse. El rompimiento definitivo le arrancaba una tira de su corazón, con dolor agudísimo, por no serle posible retener las cantidades que Fortunata había puesto en sus manos. La elasticidad de su conciencia no llegaba nunca en sus estirones á la apropiación de lo ajeno, ni directa ni indirectamente. Lo ajeno era sagrado para ella, y aunque aumentase lo suyo cuanto pudiera á costa del prójimo, jamás llegaba á la absorción de lo que se le confiaba. Devolvería, pues, lo que se le había entregado, con los aumentos que á su buena administración se debían. Cierto que esta devolución era para ella un trance doloroso, algo como la separación de un hijo que se va á la guerra á que le maten, pues aquel *guano*, entregado á su dueño, pronto se perdería en el desorden y los vicios.

Pero si esta pena la estimulaba á transigir una vez más, su decoro, y más aún su amor propio, se sublevaban airados contra aquella infame, que traía al hogar doméstico hijos que no eran de su marido. Esto no se podía sufrir sin cubrirse de baldón; esto no lo toleraría doña Lupe, aunque tuviera que dar, no sólo el dinero ajeno, sino el propio... Tanto como el propio, no, vamos; pero en fin, así lo pensaba para poder expresar de una manera enfática su grandísimo enojo.

—¡Qué diría la gente!... ¡qué las amigas, ante quienes doña Lupe oficiaba como guardadora de la moralidad y de los buenos principios! Cierto que para el mundo la situación que crearía la maternidad de la de Rubín sería una situación legal, toda vez que Maxi, enfermo y encerrado quizás para entonces en un manicomio, no había de llamarse á engaño; pero en este caso, la afrenta sería mayor por añadirse á ella la mentira. Y todos tendrían á doña Lupe por encubridora, y le cortarían lindos sayos. Si ya le parecía á ella oírlo: «Miren esa, tan orgullosa y rígida, tapando el matute que la otra bribona ha introducido en su casa. Lo hará por la cuenta que le tiene. El padre de la criatura es hombre rico y habrá pagado bien el alijo.» La idea de que pudieran decir esto hacía brotar de la frente augusta de la viuda gotas de sudor del tamaño de garbanzos.

«Ella misma—pensó—no se ha recatado para decirme que el pobre Maxi está tan inocente de esto como yo. Lo cantará lo mismo á todo el mundo, porque ella es así, muy bocona... Pero entre dos afrentas, prefiero que le haya dado por pregonar la verdad, pues así no hará catálogos la gente, ni tendrá nadie que decir si el chico es ó no es...»

De todo esto se deducía que aquella pícara había traído una maldición á la casa; ella tenía la culpa de la demencia de Maxi. Bien lo vati-

cinó doña Lupe: mucha mujer para tan poco hombre. Naturalmente, el pobre chico tenía que morirse ó perder la cabeza. Lo que había que desear ya era que la prójima se perdiese completamente de vista; que entre la familia y ella mediasen abismos infranqueables; que pudiera decir doña Lupe á los amigos: «Esa mujer se ha muerto para mí.» La sombra de Jáuregui parecía venir en ayuda de las determinaciones de su ilustre viuda, porque á ésta le faltaba poco para ver á su marido salirse de aquel cuadro en que retratado estaba, tomar vida y voz para decirle: «Si no arrojas de tu casa á esa pájara, me voy yo, me borro de este lienzo en que estoy, y no me vuelves á ver más. Ó ella ó yo.» Y cuando la pájara repitió que se marchaba, doña Lupe no pudo menos de decirle con acritud: «¿Pero qué haces que no has echado ya á correr?... Francamente, me pasma que tengas pachorra para estar aquí todavía. Otra de más frescura no habrá.» Llevándola á su gabinete, le habló de la entrega de las cantidades que en su poder tenía. Fortunata dijo con mucha calma y frialdad que no se llevaba el dinero, y que sólo tomaría los réditos. «¿Cómo voy á colocarlo yo? Téngalo usted; yo guardo el recibo y vendré todos los trimestres á recoger el premio.»

Doña Lupe abrió tanta boca, que por poco se le entra una mosca en ella. Su primer impulso fué negarse á ser administradora y apoderada

de semejante persona; pero tal prueba de confianza la anonadaba. Insistió en dar el dinero; insistió más la otra en dejarlo en manos que tan bien lo sabían aumentar, y así quedó el asunto. *La de los Pavos* temía que entre ella y su sobrina quedase aquella relación, aquel cable telegráfico, por donde vinieran á comunicarse la honradez más pura y la inmoralidad. Conservar el dinero era sostener una especie de parentesco... ¡Oh!, no; esto parecía como transacción con la afrenta. Pero al propio tiempo, entregar los santos cuartos á su dueña era lo mismo que tirarlos á la calle. Sus amantes se los gastarían en un decir Jesús... y era lástima que tan bonito capital se destruyese.

Mucho se disputó sobre esto, haciendo ambas alardes de delicadeza; pero, al fin, el dinero quedó en poder de doña Lupe. Ascendía la suma á treinta mil reales, los veinte mil dados por Feijóo, y diez mil y pico que habían producido desde aquella fecha, colocados por Torquemada en préstamos á militares. Precisamente en los días últimos del año, cuando ocurrió lo que ahora se cuenta, casi toda la suma estaba sin colocar, y la tenía la señora en su cómoda esperando una *proporción* que D. Francisco tenía en tratos con un señor comandante. La suma que poseía Fortunata en acciones del Banco se conservaba en esta misma forma, porque así lo había dispuesto D. Evaristo. Guardaba la tía de

Maxi el extracto de la inscripción en un hueco de su vargueño, y no se sacaba sino al fin de los semestres, para ir al Banco á cobrar el dividendo. Sobre esta clase de valores no hubo disputa entre las dos mujeres, porque desde luego pensó Fortunata llevárselos, y la otra no gustaba de conservar fondos de que no podía disponer para sus ingeniosas combinaciones financieras. La custodia de la inscripción le molestaba y la ponía tan en cuidado sin ningún beneficio, que no sintió verla salir de su casa. Los treinta mil reales quedaron bien agasajaditos en un rincón de la cómoda. Eran para doña Lupe como un hijo adoptivo á quien quería como á los hijos propios.

VI

La evasión (pues así debe llamársela) de su mujer no fué notada por Maxi en los primeros días. Pero cuando se hizo cargo de ella, manifestó una inquietud que puso á la pobre doña Lupe en mayor aburrimiento del que tenía. Pensó seriamente en llevar á su infeliz sobrino á un manicomio. Mucha pena le daba separarse de él, entregándole á la asistencia de gentes mercenarias; pero no había otro remedio. Para tratar de esto y acordar lo más conveniente llamó á Juan Pablo, que á la sazón había pasado de Penales á Sanidad, y podría tal vez poner á

su hermano en Leganés, en un departamento de distinguidos, con pago de media pensión ó quizás sin pagar un cuarto.

Entretanto, Fortunata, al salir de la casa de su marido, y antes de dirigirse á su nueva morada, encaminó sus pasos á la de D. Evaristo. Era éste la primera persona á quien tenía que consultar sobre la critica situación en que se encontraba. Referirle lo ocurrido era ya para ella un verdadero castigo de su perversidad, porque de sólo pensar que lo refería, le entraba espanto. ¡Bueno se iba á poner Feijóo al saber que la chulita había hecho mangas y capirotés de la doctrina práctica expuesta con tanto ardor y cariño por el simpático anciano cuando dispuso la separación! ¡Cuánto mejor no haberse separado de aquel hombre sin igual! ¡Ella le habría soportado en su vejez caduca, y habría sido feliz cuidándole como se cuida á un niño inocente! Al llegar á la plaza de los Carros, y al ver la calle de Don Pedro, pensó que no tendría valor para contarle á su amigo sus últimas calaveradas. Subió temblando por la ancha escalera, que estaba aquel día alfombrada y con muchos tiestos, porque la noche antes se había celebrado en la legación, con gran comistraje y mucha fiesta, el aniversario del Emperador. Así se lo dijo doña Paca á Fortunata, cuando ésta le preguntó por su amo. «Anoche ha estado muy inquieto, porque hemos tenido convite y

recepción en el principal, y los coches no cesaron de alborotar en la calle hasta la madrugada. Esta casa es ordinariamente muy silenciosa; pero cuando hay ruido, parece que se hunde el mundo. ¡Figúrese usted qué nos importará á nosotros que cumpla no sé cuántos años ese señor Emperador, á quien parta un rayo! ¡Valiente jaqueca nos dió anoche!... Pase usted. Hoy le encontrará un poco aturdido á consecuencia de la mala noche.»

Don Evaristo se hallaba ya en lastimoso estado. Las piernas las tenía casi completamente paralizadas, y salía á paseo en un cochecillo ó sillón de ruedas, que empujaba su criado. Iba á las Vistillas á tomar el sol, y á veces se extendía hasta la plaza de Oriente por el Viaducto. Al centro de la villa no venía nunca, y para las relaciones y amistades que en las partes más animadas de Madrid tenía, aquella existencia paralítica y con tantos achaques, aquella vida circunscrita al barrio extremo, eran como una muerte anticipada, pues del verdadero Feijóo, tal como le conocimos, no quedaba ya más que una sombra. Estaba completamente sordo, teniendo que auxiliarse de una trompetilla para recoger algunos sonidos; su inteligencia sufría eclipses, y la memoria se le perdía en ocasiones casi por completo, quedándose en la tristeza del instante presente, sin ayer, sin historia, como si cayera de una nube en mitad de la vida,

á la manera de un bólido. Sus distracciones eran ya puramente pueriles. Se pasaba las horas muertas haciendo el juego del *bilboquet*, ó bien entretenido en enredar con los muchos gatos que había en la casa. Todas las crias de la hermosa *menina* de doña Paca se conservaban, al menos mientras les duraba el donaire de la infancia gatesca. Sentado al sol junto al balcón en un sillón muy cómodo, Feijóo arrojaba á sus graciosos amigos una pelota atada con un hilo, y se divertía con las monisimas cabriolas y morisquetas que hacían los pequeñuelos. Otras veces les tiraba la pelota á lo largo de la enorme estancia, ó ataba al hilo un pedazo de trapo, recogéndolo como recoge el pescador su aparejo, para verlos correr tras él. Cuando entró Fortunata, el juego del hilo y de la pelota estaba suspendido, por ley de variedad, y D. Evaristo tenía en la mano su *bilboquet*, saltando la bola, y acertando muy raras veces á clavarla en el palo. Dos ó tres gatitos blancos con manchas grises enredaban sobre el buen señor. Uno se le subía por la manta que le envolvía las piernas; otro estaba en su regazo sentado sobre los cuartos traseros, refregándose las patas con la lengua y el hocico con la pata; y un tercero se le había subido á un hombro, y allí seguía con vivaracha atención los brincos de la bola del *bilboquet*, marcándolos con la pata en el aire. Lo que él quería era meterle mano á la bola aquella tan bonita.

Al ver entrar á su amiga, el inválido puso una cara muy risueña. Todos sus sentimientos los expresaba ya riendo. La mandó sentar á su lado, y aun quiso seguir en su solaz inocente; pero tuvo que suspenderlo para coger la trompetilla. Fortunata cogió en sus manos uno de los gatitos para acariciarlo.

—¿Qué hay?—dijo D. Evaristo mirándola de un modo que parecía indicar agradecimiento de las caricias que al micho hacía.—¡Ah!, ese es el más tunante de todos... ¡Sabe más... y tiene más picardias! Conque á ver, chulita, ¿qué hay?

Fortunata no sabía cómo empezar. Contrariá-bala mucho tener que decir las cosas á gritos, y temía que se enterasen los criados, la vecindad y hasta el embajador con toda su gente extranjera. ¿Y cómo se podía contar una cosa tan delicada dando berridos, al modo que cantan los serenos las horas, ó como los pregones de las calles? Algo dijo que llevó al ánimo de D. Evaristo el convencimiento de que su chulita se veía en un mal paso. De repente soltó mi hombre la risa infantil y babosa, diciendo: «¿Apostamos á que ha habido algún *rasgo*? Precisamente lo que más prohibi, los dichosos *rasgos*, que siempre traen alguna desgracia.»

La consternada joven no podía asegurar que sus últimas diabluras mereciesen la denominación y categoría de *rasgos*; pero indudablemente eran una cosa muy mala. Sobre todo, no ha-

bia hecho maldito caso de las sabias recetas de vida social que le diera su amigo. Para hacerle comprender mejor que con largas explicaciones algo de lo que ocurría, sacó la inscripción, que llevaba dentro de un sobre y éste envuelto en un papel.

—¿Qué es eso, la inscripción?—dijo el anciano riéndose más.—¿Pues qué... ji, ji, ji... ha habido rompimiento con ese bendito?...

Y se puso la trompetilla en la oreja para coger con ella la respuesta.

—Completamente ido de la cabeza... manicomio.

—¡Que no come!

—Al manicomio... que le van á poner en Leganés...

—¡Ah! ¿Y doña Lupe?

—Ella y yo...

Fortunata hizo con sus dos dedos índices un signo muy expresivo, poniéndolos punta con punta.

—¿Habéis reñido?... ji, ji, ji... ¡Qué cosas! Doña Lupe muy lagarta...

El gatito que se había subido en el hombro del señor, estaba muy preocupado con la trompetilla. Ignoraba sin duda lo que era aquello, y quería saberlo á todo trance, porque alargaba la pata como para hacer un reconocimiento de tan misterioso objeto. La curiosidad del animalito interrumpía la audición, que era ya bastante

penosa. Feijóo tomó la inscripción, diciendo: «¿Pero qué ocurre?... ¿doña Lupe?... ji, ji, ji... Todavía sostendrá que yo le hice el amor. No hay quien se lo quite de la cabeza. Y todo porque me solía parar en la esquina de la calle de Tintorerros, esperando á la mujer de Inza, ji, ji, ji... el de la tienda de mantas.»

Después de esta brillante ráfaga de memoria, la preciosa facultad se eclipsó por completo, y el ayer se borró absolutamente del espíritu del buen caballero. Miraba á su chulita con estupidez y cierta expresión de duda ó sorpresa. Fortunata seguía pegando gritos, pero él no se enteraba; lo poco que oía era como si oyese el ruido del viento: no le sacaba sentido. Causada de inútiles esfuerzos, la joven se calló, mirando á su amigo con hondísima pena. Y mirándola él también, de repente volvió á su risa pueril, motivada por las cosquillas que en el cuello le hacía el gatito... «Si es un granuja éste... si no me deja vivir.» Fortunata daba suspiros, sin que el anciano se enterase de esta expresiva manifestación de disgusto; y al fin, ella, comprendiendo que era inútil esperar de aquella ruina apuntalada un consuelo y un consejo, decidió retirarse. Al darle un cariñoso abrazo, el anciano pareció volver en sí, recobrando su acuerdo, y se le refrescó la memoria. «Chulita, no te vayas—le dijo, dándole un palmetazo en el muslo.—¡Ah!... ¡qué tiempos aquellos! ¿Te acuerdas?

¡Qué días tan felices! Lástima que yo no hubiera tenido veinte años menos. Entonces sí que habríamos sido dichosos.» Ella decía que sí con la cabeza. Luego D. Evaristo pareció instantáneamente asaltado por una idea que le inquietaba. Después de meditar un instante, aprovechando aquella ráfaga de inteligencia que cruzaba por su cerebro, cogió el sobre que contenía la inscripción, y devolviéndoselo, le dijo: «No dejes esto aquí. Puedo morirme de un momento á otro, y tu dinero corre peligro de extraviarse. Es mejor que lo guardes tú. No tengas cuidado. Las acciones son nominativas, y nadie más que tú puede disponer de su importe.» Y como si el despejo de su inteligencia no hubiera tenido más objeto que permitirle aquella importante advertencia, en cuanto la hizo, la nube le invadió otra vez toda la caja del cerebro, volvió á la risa infantil, y á preocuparse más de que la bola del *bilboquet* se pinchase en el palito que de todo lo que á su desgraciada amiga pudiera referirse.

Salió, pues, Fortunata de la triste visita con la impresión de haber perdido para siempre aquel grande y útil amigo, el hombre mejor que ella tratara en su vida y seguramente también el más práctico, el más sabio y el que mejores consejos daba. Verdad que ella hizo tanto caso de estos consejos como de las coplas de Calainos; pero no dejaba de conocer que eran excelentes, y que debió al pie de la letra seguirlos.